



## TOCQUEVILLE, BENEDICTO XVI Y LOS ESTADOS UNIDOS

Por Diego M. Serrano Redonnet

18 de abril de 2008

Recientemente Gabriel Zanotti recordaba los elogios de León XIII a la situación de la Iglesia católica en los Estados Unidos en su carta pastoral *Logiqua Oceani*. Cabe recordar que, en dicha ocasión, el Pontífice reconoció que, a la promisorio situación de la Iglesia estadounidense, “*han contribuido, además, eficazmente, hay que confesarlo como es, la equidad de las leyes en que América vive y las costumbres de una sociedad bien constituida. Pues, sin oposición por parte de la Constitución del Estado, sin impedimento alguno por parte de la ley, defendida contra la violencia por el derecho común y por la justicia de los tribunales, le ha sido dada a [dicha] Iglesia una facultad de vivir segura y desenvolverse sin obstáculos*”<sup>1</sup>. Cincuenta años antes de esa epístola, otro católico, Alexis de Tocqueville, publicaba la primera parte de su obra cumbre, la *Democracia en América*, para intentar explicar el funcionamiento de la democracia norteamericana y porqué, en dicho país, la sociedad *democrática* era también *liberal*. En estos días, uno de sus admiradores visita los Estados Unidos: Benedicto XVI<sup>2</sup>.

Resulta interesante, entonces, detenerse —a propósito de la visita del Santo Padre a Estados Unidos— en el pensamiento de Tocqueville sobre la democracia y la religión católica<sup>3</sup>.

De modo liminar, podemos decir que, para Tocqueville, la religión y la democracia no eran incompatibles. Tampoco le parecían inconciliables el catolicismo y el liberalismo clásico. Bien dice Jean-Jacques Chevalier que nuestro autor “*tenía una fe política, la libertad, al mismo tiempo que una fe religiosa, el cristianismo, y estas dos fes, que no habría podido separar, no formaban más que una en su corazón*”<sup>4</sup>.

La religiosidad de los norteamericanos fue uno de los primeros aspectos que impactan a Tocqueville en su viaje y que lo llevan a interrogarse sobre la influencia de la religión en el mantenimiento de la democracia americana. Aún hoy, a poco menos de dos siglos de la visita de Tocqueville, los Estados Unidos siguen siendo un país profundamente religioso. Según la revista británica *The Economist*, es el país rico más religioso del mundo. Mientras en Europa la religiosidad de la población ha decaído, en Estados Unidos ha aumentado en

<sup>1</sup> *Doctrina Pontificia, Tomo III: Documentos Sociales*, 2da edición, B.A.C., Madrid, 1964, p. 330.

<sup>2</sup> El entonces Cardenal Ratzinger (ahora Papa Benedicto XVI) se proclamó un seguidor del pensamiento de Tocqueville con motivo de su incorporación a la Academia de Ciencias Sociales y Políticas del Instituto de Francia en 1992. Cf. Samuel Gregg, *Un seguidor de Tocqueville en el Vaticano*, en <http://iglesia.libertaddigital.com/articulo.php/1276231343>.

<sup>3</sup> Un desarrollo más extenso de este tema puede encontrarse en Diego M. Serrano Redonnet, *Política, democracia y religión en Tocqueville*, Revista Libertas, N°44, Año XIII, mayo 2006, pp. 79-118.

<sup>4</sup> Jean-Jacques Chevalier, *Los grandes textos políticos desde Maquiavelo hasta nuestros días*, Aguilar, Madrid, 1972, p. 239. Incluso Chevalier cita una carta de Tocqueville a un amigo, en la que expresa: “*Uno de mis sueños, el principal al entrar en la vida política, era trabajar por conciliar el espíritu liberal y el espíritu religioso, la sociedad nueva y la Iglesia*” (op. cit., p. 255).

la segunda mitad del siglo XX. Según ciertas encuestas, el 80% de la población adulta manifiesta creer en Dios y, además, el 58% piensa que si no se cree en Dios no se puede ser moral<sup>5</sup>. La acentuada religiosidad de los norteamericanos es una de las características del llamado “excepcionalismo norteamericano”.

En la primera parte de la *Democracia en América*, Tocqueville atribuye a la religión una notable influencia sobre las instituciones norteamericanas. Si bien es innegable la importancia del puritanismo en el nacimiento de la democracia norteamericana, Tocqueville señala que el catolicismo, ya en la época de su viaje, se había diseminado fuertemente en los Estados de la Unión, principalmente por la inmigración irlandesa<sup>6</sup>. Tocqueville se sorprende de esta situación e indica: “*Estos católicos muestran una gran fidelidad a la práctica de su culto y están llenos de ardor y celo por sus creencias; no obstante, forman la clase más republicana y más democrática que se encuentra en los Estados Unidos*”<sup>7</sup>.

No obstante, se pregunta nuestro autor, ¿cómo puede ser que en Francia el catolicismo se aliara con la aristocracia y el absolutismo?; y ¿cómo —al propio tiempo— la misma fe contribuyera a la democracia liberal en los Estados Unidos? Ensayo aquí nuestro autor una explicación sociológica interesante. En Estados Unidos, nos informa, los católicos son una minoría y necesitan que se respeten los derechos de todos para asegurarse el libre ejercicio de sus propios derechos. El hecho de encontrarse los católicos en “minoría” frente a otras confesiones —asevera de algún modo Tocqueville— llevó a los católicos americanos a ser fervientes defensores de la libertad y de los derechos constitucionales. Algo parecido ocurre con Lord Acton, que reflexionó sobre la política y la religión desde su posición de integrante de la “minoría” católica en la “anglicana” Inglaterra victoriana de entonces<sup>8</sup>, y no —como acaece con otros pensadores católicos tradicionalistas del siglo XIX— desde la posición triunfalista del catolicismo como “mayoría” o como religión de un Estado “confesional” que unía al trono y al altar en un matrimonio de conveniencia de funestas consecuencias para la política y la religión. Asimismo, del pensamiento de Tocqueville se desprende que, en Estados Unidos, la feliz unión entre el espíritu religioso y el espíritu liberal de los inmigrantes puritanos había favorecido una democracia duradera. En Francia, en cambio, el conflicto entre la Iglesia y el espíritu moderno —encarnado en la Revolución— habría impedido la convergencia entre la religión y las instituciones políticas democráticas y liberales<sup>9</sup>.

---

<sup>5</sup> Véase “A Survey of America”, en *The Economist*, 8 de noviembre de 2003, pp. 9-12.

<sup>6</sup> Aunque el catolicismo está presente desde los primeros momentos de la historia americana con la colonia de Maryland, así llamada en honor de la Virgen María. Cf. Paul Johnson, *A History of the American People*, Harper Perennial, New York, 1999, pp. 55-61.

<sup>7</sup> *De la démocratie en Amérique*, Gallimard, Paris, 1986, vol. I, p. 427. Citamos como “DA” en lo sucesivo. Las traducciones son propias.

<sup>8</sup> Lo que explica su fuerte defensa, solitaria en su época, del derecho a la libertad religiosa. Al efecto, resulta interesante destacar que el jesuita John Courtney Murray, uno de los inspiradores de la declaración *Dignitatis Humanae* sobre la libertad religiosa del Concilio Vaticano II, conocía y valoraba la obra de Lord Acton.

<sup>9</sup> Comparando con la situación de su patria, Tocqueville nos explica: “*He visto entre nosotros al espíritu religioso y al espíritu liberal marchar casi siempre en sentido contrario. Aquí [en Estados Unidos], los encuentro íntimamente unidos el uno al otro: reinan conjuntamente sobre el mismo suelo*” (DA, vol. I, p. 437).

Pero, se interroga nuestro autor en la *Democracia en América*, ¿de qué modo influye la religión sobre la sociedad política en los Estados Unidos? Lo hace “indirectamente”, nos responde, dirigiendo las costumbres, los hábitos sociales y el comportamiento de las personas<sup>10</sup>. No a través de un Estado confesional. A medida que la institución religiosa se separa del Estado y del poder político, su influencia benéfica sobre los espíritus y la sociedad es mayor, más profunda y más genuina.

Tocqueville sostiene la atrevida tesis de que la principal institución política de la democracia norteamericana es, sorprendentemente, nada menos que la religión: “*La religión que, entre los norteamericanos, no se mezcla jamás directamente con el gobierno de la sociedad, puede sin embargo ser considerada como la primera de sus instituciones políticas*”<sup>11</sup>. Es más, nos dice, los estadounidenses no pueden concebir el cristianismo sin la libertad y creen que la religión es “*necesaria para el mantenimiento de las instituciones republicanas*”<sup>12</sup>. Finalmente, nos deja sobre el tema un párrafo memorable: “*Es el despotismo el que puede prescindir de la fe, pero no la libertad. [...] ¿Cómo puede la sociedad evitar perecer si, mientras el vínculo político se relaja, el vínculo moral no se estrecha? ¿Qué hacer de un pueblo dueño de sí mismo, si no está sometido a Dios?*”<sup>13</sup>.

Varios son los beneficios que —según Tocqueville— brinda la religión a la sociedad política. Solo destacamos dos. En primer término, la religión corrige y fortifica la moral y las costumbres públicas. Todos sabemos que la ley necesita de la conciencia moral de los ciudadanos para su observancia, ya que su cumplimiento no puede reposar enteramente en la amenaza de una sanción legal por su violación<sup>14</sup>. La idea religiosa de castigos y premios en una vida ultra-terrena es indispensable para que exista una sanción moral más allá de la que imponen las leyes o de la que existe en esta tierra<sup>15</sup>. Además, la ley no puede obligar a todos los actos virtuosos convenientes para la vida en sociedad sino sólo a aquéllos más necesarios al bien común. La ley, sin el complemento de la moral media de una sociedad, es poco eficaz. En segundo lugar, la religión limita el poder de la mayoría para legislar en materias que afectan a la fe o a la moral<sup>16</sup>. Como bien resume Chevalier: “*Si la libertad puede permitirse relajar el vínculo político, es porque la fe aprieta el vínculo moral. La religión sirve también a la libertad ayudándola a combatir, en el alma misma y en el*

---

<sup>10</sup> Algo similar sostiene Benedicto XVI en su primera encíclica, *Deus caritas est*, cuando afirma que “*la tarea de la Iglesia es mediata, ya que le corresponde contribuir a la purificación de la razón y reavivar las fuerzas morales, sin lo cual no se instauran estructuras justas, ni éstas pueden ser operativas a largo plazo*” (28).

<sup>11</sup> DA, vol. I, p. 433. Ninguna prueba contemporánea más acabada de la influencia de la religión en la política norteamericana que la incidencia de los valores religiosos en la re-elección de George W. Bush en el año 2004. Nada menos que Mario Vargas Llosa ha reconocido, en un artículo periodístico, que la religión es la “*mayor protagonista de la vida política de los Estados Unidos en los albores del tercer milenio*” (“A Dios rogando”, en el diario *La Nación* del 7 de abril de 2005, p. 29).

<sup>12</sup> DA, vol. I, p. 434.

<sup>13</sup> DA, vol. I, p. 436.

<sup>14</sup> Benedicto XVI lo ha dicho con claridad: “*Incluso las mejores estructuras funcionan únicamente cuando en una comunidad existen unas convicciones vivas capaces de motivar a los hombres para una adhesión libre al ordenamiento comunitario. La libertad necesita convicción*” (*Spe salvi*, 24).

<sup>15</sup> DA, vol. II, pp. 178-180 y 199-205.

<sup>16</sup> DA, vol. I, p. 433.

*corazón del ciudadano, las importunas inclinaciones democráticas que ya conocemos: individualismo, envidia mezquina, gusto por el bienestar que acaba por ser degradante*<sup>17</sup>.

En otra de sus obras, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, nuestro autor nos enseña que “una sociedad libre no puede subsistir sin religión” y que “el respeto de la religión es la más grande garantía de la estabilidad del Estado y de la seguridad de los particulares”<sup>18</sup>. Retoma así, en ese trabajo de madurez, algunos años antes de su prematura muerte, el hilo de la *Democracia en América* y una de sus tesis fundamentales: la imperiosa necesidad de la religión en la era democrática.

Tocqueville no sólo explica, en definitiva, cómo la religión contribuía al *mantenimiento* de la república norteamericana, sino también de qué modo sirve para *contener y limitar* a una democracia moderna. En el fondo, nuestro autor proclama la necesidad —en una sociedad democrática que se quiere gobernar a sí misma— de una disciplina moral y religiosa inscrita en la conciencia de los ciudadanos. Su razonamiento lo conduce a pensar que el materialismo, el “individualismo” (en el sentido de apatía por la participación cívica y el bien común) y el hedonismo consumista no contribuyen al mantenimiento de una democracia sino que —por el contrario— minan sus cimientos. Lord Acton —con su habitual lucidez— destacará: “[Tocqueville] erigió en piedra angular [la convicción] de que las naciones que no tienen la fuerza autorreguladora de la religión no están preparadas para la libertad”<sup>19</sup>.

Es más, la democracia —librada a su propia suerte— tiende inevitablemente a hacer sucumbir la libertad bajo la pasión del igualitarismo y del ansia de cómoda seguridad material a toda costa, para —finalmente— caer víctima del “blando despotismo” y de la “tiranía de la mayoría” sobre los cuales Tocqueville alertaba ya a mediados del siglo XIX, en profético vaticinio sobre buena parte de la historia política del siglo XX.

Como Tocqueville auguró, las creencias religiosas han demostrado ser todavía un elemento fundamental en el funcionamiento de la democracia norteamericana, la más poderosa y duradera de la tierra hasta el presente. En estos días, Benedicto XVI visita los Estados Unidos, proveniente de Europa, sobre las huellas del pensador francés. Ambos nos advierten, al unísono, que las democracias tienen una especial necesidad de la religión. De lo que se trata, en síntesis, es —en palabras de Tocqueville— de “*moralizar la democracia por la religión*”<sup>20</sup>.

---

<sup>17</sup> Jean-Jacques Chevalier, op. cit., p. 256.

<sup>18</sup> *L'Ancien Régime et la Révolution*, Gallimard, Paris, 1987, p. 248.

<sup>19</sup> *Lectures on the French Revolution*, editadas por John N. Figgis and Reginald V. Laurence, MacMillan and Co. Ltd., Londres, 1910, p. 6.

<sup>20</sup> DA, vol. II, p. 200.